

JOSE-CHIKI

UN CUENTO GUIPUZCOANO A LA MEDIA NOCHE

I

También yo podía exclamar ahora con Timón en su libros de Los Oradores: « ¡he vivido mucho tiempo! »

Porque, por donde quiera que mire este recuerdo que trato de evocar, encuentro el vacío, una memoria perdida en el tiempo, y que sólo vive en mí, ya desprendida de los seres y de las formas que pudieran hacerla perenne.

Los seres desaparecieron, y las formas no existen.

Y, sin embargo, el recuerdo vive, á pesar de que todo cuanto lo produjo se ha desvanecido en un reducido número de alios.

Algún tiempo más, y ¿qué será de mis recuerdos?

Perdonadme si, al volver la vista atrás, empiezo con melancólica quejumbre: algo habreis de conceder á mi caracter, y algo he de otorgar yo á mi alma.

II

Me hallaba en una de mis excursiones, acompañado de un amigo y de un guía.

Ni el guía ni el amigo existen ya.

Con harta desprecio de consejos saludables, nos empeñamos en abandonar la casa del cura de uno de los pueblos situados en la falda de San Adrián, á la parte de la llanada de Álava, para dirigirnos á otro pueblo de Guipúzcoa, al caer la tarde de uno de los últimos días del mes de Noviembre.

El cielo estaba muy tempestuoso, y juzgamos equivocadamente que la tormenta nos daría lugar, antes de desatarse, á conseguir nuestro objeto.

Un horroroso nublado nos cogió al pie de la sierra, en uno de los montes más espesos.

Perdidos y empapados de agua, á las diez de la noche, vislumbramos entre la fronda una luz.

La tomamos por guía.

A intervalos, la alcanzábamos: á ratos se perdía del todo.

Perdida unas veces, y otras apareciendo como nuestro norte, entre el ruido de los truenos lejanos, distinguimos también un ruido monótono, acompasado, que venía en dirección de la luz.

Aquel ruido ayudó, y no poco, á que consiguiéramos el puerto de seguridad.

III

Llegamos á una ferrería.

¿Sabéis lo que, hace poco todavía, era una de las muchas ferrerías del país vascongado?

Digo hace poco y una de las muchas, porque hoy en su mayor parte han desaparecido.

Veamos si, acudiendo á los recuerdos, puedo producir en vosotros alguna de las impresiones que en mí produjo entonces la que en estos instantes me preocupa.

Su mal cerrada puerta lanzaba por los intersticios rayos de luz vivísima.

Era la fragua de los tiempos primitivos, donde cantidad inmensa de carbón ardiendo hacía bullir la mena para formar la torta, ó zamarra, que, después de cinco horas de trabajo, habían de sacarla con enormes

palancas de hierro para llevarla al mazo, y quitándole la escoria en la primera embestida, reducirla luego á lingotes.

Pronto se nos franqueó la entrada.

Y nada más fantástico, nada más poético que el cuadro que se ofrecía á nuestra vista.

Un gran espacio, rodeado de gruesas y altas paredes, cubierto á tejavana, nos cobijaba.

Los largos cabrios y fuertes vigas que sustentaban el techo, estaban ahumados.

Debajo del antépar, debajo del depósito del agua, formado con piedra sillar bien concertada, giraba la rueda que ponía en movimiento, merced á un uso disforme, el mazo descomunal, que aplastaba la torta fundida, y que producía el ruido acompasado que sirvió para que pudiéramos encontrar nuestro refugio.

El golpe de agua caía por la chimboa con estrépito, la cual podía taparse á voluntad é interrumpir el curso de la corriente con un molote de madera, forrado de hierro, adherido al urague, á la pértiga, en cuyo extremo opuesto afianzaba una descomunal cadena, que servía para manejar el molote.

Los saltos de agua para los fuelles y la rueda, la fragua candente, el ruido atronador de la ebullición y de la maza, los golpes de luz vivísima y de durísimas sombras que se proyectaban en los muros ennegrecidos y casi calcinados por la acción constante del fuego, daban al cuadro un caracter plutoniano, difícil de dibujar.

Y agregad á esto, y á las idas y venidas de los fundidores y tiradores y mealle, ó pinche, todos medio desnudos, el cerco de hilanderas en medio de la fragua, y decidme si no era bastante pábulo para creerse la imaginación transportada á las regiones de los fantásticos sueños que todos escuchamos con asombro en los primeros albores de nuestra vida.

IV

Eran las doce de la noche,

Los ferrones trabajaban; la maza seguía sus acompasados movimientos; los golpes del agua y el ruido de los fuelles aumentaban los estré-

pitos, cuando las hilanderas interrumpieron sus cuentos euskaros, tan dulces como melancólicos, tan tiernos como primitivos en el sentimiento infundido en nuestro sér

Un golpe de viento había sacudido por la parte de afuera la puerta de la ferrería, y á su impulso había quedado de par en par abierta.

Todos enmudecieron.

—¡Ay, ené!

—¡Jaungoikoa!

Fueron las exclamaciones que por todas partes se dejaron oír en aquel animado centro del trabajo.

—¡Son las doce.....! ¡Es el alma de Jose-Chiki!

Bastaba y sobraba á las aficiones de toda la vida para que el sentimiento de la curiosidad se despertara en mí hasta el más alto grado con lo que presenciaba.

Todas las hilanderas se santiguaron, recitando con fervor religioso la oración dominical.

Después siguió un respetuoso silencio, que pronto interrumpí, dirigiéndome á la más anciana, para que me explicase lo que ya adivinaba mi deseo.

—El alma de Jose-Chiki, señor.

—¿Y quién fué Jose-Chiki?

—Un hijo malo.

—¿Me diréis su historia?

—Sí, señor.

Y como si nunca la hubieran oído los circunstantes, todos se dispusieron á escucharla con recogimiento, fijando en nosotros sus miradas para observar el asombro que producía el relato de la anciana.

V

«No lejos de este sitio, hace algunos años, había un caserío que habitaba Jose-Mari, hombre honrado, pero que se dejó llevar de su afición al vino, y el vino produjo su ruina y la de toda su familia.

»Jose-Mari tenía un hijo; también se lamaba José, y para distinguirlo de su padre le llamábamos Jose-Chiki.

Jose-Chiki era malo.

»Un día de domingo bajó á la fiesta de la calle con su padre, y por la noche, cuando volvían los dos al caserío, el hijo abandonó al padre en el camino, sin querer ayudarle, cuando Jose-Mari no podía seguir adelante, porque la embriaguez no le permitía dar con acierto ni un sólo paso.

»El hijo abandonó al padre en el camino más difícil, y se burló de su borrachera, y subió sólo al caserío.

»A la mañana siguiente encontraron muerto á Jose-Mari, que se había despeñado.

»Jose-Chiki heredó todo lo de su padre, y también su gran afición al vino.

»Antes de morir su padre, se había ya casado, y tenía una mujer buena, que no supo jamás el negro pecado de su marido, y esta mujer buena había dado á Jose-Chiki cuatro hijos.

»Jose-Chiki empezó también á embriagarse.

»Y su hacienda iba á menos, y pegaba á su mujer, porque con mucha dulzura le reprendía vicio tan feo, y maltrataba d sus hijos, abandonando su crianza, sin cuidarse de los buenos consejos á que están obligados los padres.

»Con los malos tratos del marido y con el desconsuelo de ver que, paso á paso, la casa se acababa, la mujer murió llena de penas, y después un hijo y después otro y luego el tercero, y sólo quedó, ya mozo, el mayor de los hermanos.

»Hijo y padre seguían viviendo juntos.

»El hijo, con tristuras, porque era de buena índole; el padre cada vez más entregado á sus excesos.

»Un día de invierno, padre é hijo bajaron al mercado de la calle.

»El hijo no pudo arrancar al padre de la taberna hasta muy entrada la tarde, y el hijo se apuraba por volver pronto al caserío, porque había caído mucha nieve, y los caminos estaban bastante malos y peligrosos.

»La noche les cogió en el camino, y todavía les quedaba mucho que andar, y con mucho trabajo el hijo ayudada y llevaba al padre.

»Hasta que así llegaron á un punto en que viendo el hijo que era del todo imposible pasar adelante sin ayuda alguna, colocó á su padre en el hueco de una roca, mientras él acudía al caserío en busca de socorro.

»Jose-Chiki no estaba tan embriagado que no conociera el sitio don-

de se encontraba, y antes de partir, su hijo le oyó exclamar con toda la amargura de su alma:

»—¡Ay.....! ¡Aquí abandoné yo á mi padre.....!

»La justicia de Dios se cumplía, sin que pudieran evitarla los mejores deseos que el hijo de Jose-Chiki tenía para el que había sido tan malo con su padre.

»Cuando el hijo llegó al caserío lo encontró ardiendo.

»El mutill que cuidaba de las vacas se había abandonado en la ausencia de sus dueños, y con la rechina dió lugar á que se prendiera la paja.

»En vano volvió el hijo desolado á buscar á su padre: su padre no parecía.

»Días después, cuando se fueron las nieves, algunos andrajos de las ropas de Jose-Chiki se encontraron ensangrentados en el fondo de una barranca.

»Los lobos habían devorado á Jose-Chiki, y su alma vagaba al rededor de sus huesos insepultos.

»El hijo, sin consuelo. sin hogar, sólo, y comprendiendo y acatando los juicios de Dios, abandonó las ruínas de su caserío, y se fué lejos, muy lejos, á las Américas, cruzando los mares, y no se ha sabido más de su destino.

»Después de estos sucesos, todas las noches á esta misma hora, y en especial las noches de tormenta y huracanes, se oyen en la montaña lamentos muy tristes y apenados, y es que el alma de Jose-Chiki vaga, vaga penando por lo sitios en que cometió tan horrible pecado, como es abandonar un hijo á su padre y burlarse de sus defectos, cuando todos estamos obligados á respetar, como quiera que sean, á los autores de nuestros días.

»Por eso vaga el alma de Jose-Chiki: por no haber respetado á su padre; vaga hasta que Dios se apiade de ella y la conceda el eterno reposo.»

VI

Eran las dos de la madrugada.

Las hilanderas, ejemplo de las mujeres hacendosas, que, robando

algunas horas al sueño, se reunían en la ferrería a hilar sus madejas, según hábito de este país ejemplar en sus virtudes domésticas; las hilanderas recogieron sus labores, y con haces de paja encendida se dispusieron á regresar á sus moradas, dispersas en aquella sierra, para volver después de un breve reposo, á sus trabajos cotidianos.

La más anciana, la del caserío más próximo, que nos había referido la historia provechosa que acabamos de oír, nos brindó con su hospedaje, que aceptamos, dejando á los ferrones entregados a sus tareas no interrumpidas ni de día ni de noche en toda la campaña.

S. MANTELI.

